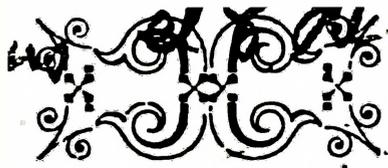
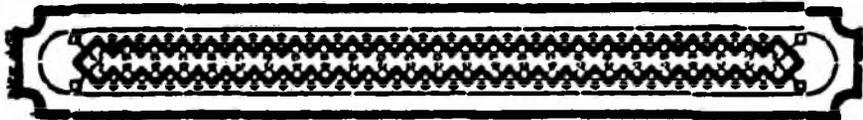


LA DEVOCION
DEL
SAGRADO CORAZON



QUITO
IMPRESA DE "EL PROGRESO"

1899,



**EL SENADO
Y CAMARA DE DIPUTADOS
DEL ECUADOR**

REUNIDOS EN CONGRESO,

Considerando:

1º Que el tercer Concilio provincial quitense ha consagrado por un decreto especial la República del Ecuador al Santísimo Corazón de Jesús, poniéndole bajo su protección y amparo; y

2º Que corresponde á la Legislatura coadyuvar en nombre de la Nación á un acto que siendo tan conforme á sus sentimientos de eminente catolicismo, es también el medio más eficaz de conservar la fe y alcanzar el progreso y bienestar temporal del Estado.

Decreta:

Art. 1º Se consagra la República del Ecuador al Santísimo Corazón de Jesús, declarándole su patrón y protector.

Art. 2º Se declara fiesta cívica, con asistencia de primera clase la del Santísimo Corazón de Jesús, que se celebrará en todas las Catedrales de la República por los preladados diocesanos con la mayor solemnidad posible.

Art. 3º En todas las Catedrales se erigirá un altar dedicado al Corazón de Jesús; excítase al efecto el celo y piedad de los diocesanos.

Art. 4º En el fróntis de cada uno de los altares expresados en el artículo anterior, se colocará una lápida costeadada por las rentas nacionales, en la cual se inscribirá el presente decreto.

Comuníquese al Poder Ejecutivo para su ejecución y cumplimiento.

Dado en Quito, Capital de la República, á 8 de Octubre de 1873.

El Presidente del Senado, *Roberto de Ascásubi*.—El Presidente de la Cámara de Diputados, *Vicente Lucio Salazar*.—El Secretario del Senado, *Carlos Casares*.—El Secretario de la Cámara de Diputados, *Pedro José Cevallos*.

Palacio de Gobierno, en Quito á 18 de Octubre de 1873.—EJECÚTESE.—*Gabriel García Moreno*.—El Ministro de lo Interior, *Francisco Javier León*.

MARIA ALACOQUE

Y LA

DEVOCIÓN DEL SAGRADO CORAZÓN.

(Traducción)

La importante Revista alemana UNSEREZEIT publicó hace algún tiempo, el siguiente artículo que nuestro ilustrado Gobierno verá, sin duda, con interés y que hará reflexionar á los Representantes del Pueblo Ecuatoriano sobre hábitos y tendencias que hemos visto ganar en nuestro país.

Las preocupaciones religiosas parecen estar sometidas, como los trajes, á las leyes rápidamente variables de la moda. La necesidad de cambiar de forma y la dirección del gusto, que el tiempo modifica tanto,

exijen incesantemente novedades y, como es sabido, en este capítulo se llega con suma facilidad á lo extravagante y lo ridículo.

Así, en la última época, se había llevado en Francia el culto de María al último extremo de la exajeración. Era preciso inventar algo nuevo, Y esto se buscó y encontró en un rincón bastante oscuro del mundo de la leyenda. Ha sido la adoración mística del Sagrado Corazón de Jesús, devoción que ha oscurecido por el momento todas las demás devociones del catolicismo y que seguirá oscureciéndolas hasta que llegue el día en que, á su turno, tendrá infaliblemente que ceder el puesto á alguna nueva forma de la moda religiosa.

Es un hecho curiosísimo, pero no por eso menos cierto, que el origen de la devoción del Sagrado Corazón se encuentra en país protestante, entre los puritanos de Inglaterra.

Un capellán de Cromwell, llamado Godwin, un entusiasta religioso de la peor especie, se ocupaba mucho, en medio de sus delirios puritánicos, del Sagrado Corazón de Jesús, en el cual se imaginaba encontrar toda la persona de este último, gracias á una operación sobrenatural de condensación. Godwin llegó hasta á componer un tratado sobre la materia, el cual parece haber llamado algo la atención, pues, al poco tiempo de su publicación, fué traducido al alemán é impreso en Heidelberg.

Entre tanto, el misticismo de Godwin no tuvo mayores consecuencias para el protestantismo. Porque, como en el fondo, el Corazón de Jesús tenía para Godwin la importancia más bien simbólica que material, no se prestaba la doctrina á sacar de ella mucho partido. El asunto cayó pronto en olvido. Pero la idea de Godwin estaba destinada á reaparecer en otro teatro

bajo una forma más leal y tangible.

* * *

El 25 de Mayo de 1671 se abrieron solemnemente las puertas del convento de las monjas de la Anunciación en Paray-le-Monial, pequeña ciudad del departamento francés Saone et Loire, que fué un lugar muy industrial y activo antes de la revocación del Edicto de Nantes; pero que, á consecuencia de esto, entró en rápida decadencia hasta caer en completa postración. En el día expresado hacía su profesión de novicia María Alacoque, hija de un abogado.

Si hemos de prestar fe á lo que ha escrito posteriormente su biógrafo, Languet, obispo de Soissons, que publicó en 1729 una biografía de la Alacoque, parece que se pronunciaron en esta, desde muy temprana edad, los anuncios de la Santidad. Estos anuncios no han sido raros. Es sabido que el sentimiento de la

castidad estaba tan pronunciado en Luis de Gonzaga desde su primer año de edad que se ponía rojo de vergüenza al ver á su propia madre en paños menores, y es conocida, también, la historia de un obispo de Saint-Denis que, siendo niño de pecho, se negaba tenazmente á tomar el de su madre los días viernes.

Esta castidad prematura parece haberla poseído en alto grado María Alacoque. Cuando andaba en los cuatro años, no había espectáculo que le fuera tan repulsivo como una cara de hombre, y en esa época se habría entregado con frecuencia á su afición favorita de vivir en la soledad, si no le hubiera asaltado el miedo de ser perseguida allí por la detestable figura masculina.

Ya en muy temprana juventud comenzó á experimentar visiones y revelaciones, y, al mismo tiempo, dolores y parálisis en el costado. A consecuencia de una de estas visiones fué que se resolvió á tomar el velo.

Antes de hacerlo, sin embargo, se sometió á toda especie de mortificaciones á fin de agradar á Jesús. Llevaba, atado á la cintura un cordel, y tan estrechamente, que el comer y el respirar le causaban dolor.

Y para hacerlo mayor, había hecho nudos en el cordel. Sus brazos estaban cubiertos de cilicios que le entraban en la carne. Se clavaba los dedos hasta sacarse sangre, que ofrecía al Señor. Su lecho era una bolsa llena de piedras y pedazos puntiagudos de madera, y se acostaba en él, dice el biógrafo Languet, —“con extraordinario deleite, con un sentimiento de inefable delicia”.

En esa época de mortificaciones, cuando su cuerpo era una inmensa llaga, se le apareció Jesús por primera vez.

Naturalmente, desde que estuvo en el convento estas apariciones se repitieron y llegaron á tomar poco á poco un carácter singular. A fuerza de tratar tan de cerca á Jesús,

María.....se enamoró de él. Las palabras de que se sirve Languet para describir los goces que le proporcionaba este amor son demasiado obscenas y extravagantes para que nos atreviéramos á ponerlas ante los ojos de nuestros lectores.

La abadesa del convento era mujer sensata y poco tardó en comprender que María estaba padeciendo de una afección cerebral. Esto la decidió á confiarle diversas ocupaciones que requerían esfuerzo corporal, á fin de distraerla así de su preocupación. María se impacientaba, y un día contestó á los consejos de la abadesa con los siguientes curiosos versos:

“Plus on contredit mon amour,
“Plus cet unique bien m'emflamme;
“Que m' on afflige nuit el jour,
“On ne peut l' oter a mon ame,
“Oui, plus je souffre de douleur,
“Plus je l' ecrierai a son coeur”.

(Mientras más combatan mi amor,
más me inflama este único bien mío.)

Por más que me aflijan noche y día, no podrán arrancarlo á mi alma. Si, mientras más sufra yo de dolor, más lo gritaré á su corazón).

María tenía una repugnancia invencible hacia el queso, y no podía soportar siquiera su olor. Deseosa de apurar en otra forma su sistema de mortificación, resolvió comer queso. Parece, sin embargo, que este le probaba muy mal, pues la abadesa le prohibió que volviese á comerlo.

Sin embargo, para todos sus dolores y amarguras encontraba María consuelo y compensación en las caricias que recibía de su amante. Se conservan escritos de élla en que así lo dice con admirable candor.

* * *

Hasta aquí, sin embargo, el conocimiento de esta divina intriga de amor estaba confinada dentro de las paredes del convento y probablemente el mundo exterior no habría llegado á tener noticia alguna de las

contorsiones de ese cuerpo enfermo y de ese espíritu más enfermo todavía, si no hubiera sido que el jesuita La Colombiére se propuso explotar el asunto en provecho y para mayor gloria de la Iglesia, esto es, de la órden del Ferrat.

El dicho de que toda la historia del Sagrado Corazón no es más que una pura invención de los jesuitas no es, pues, exacto en el sentido estricto de la palabra. Lo que si es verdad es que la órden comprendió luego todo lo que había que explotar en los delirios medio sensuales y medio místicos de María, y acometió la tarea con tanto empeño que hoy sería difícil averiguar cuál es la parte del asunto que debemos atribuir á la Alacoque y en dónde principian las suposiciones y los embustes de su confesor La Colombiére.

Nadie ignora que el prestigio de la órden se hallaba en terrible decadencia á fines del siglo XVII, y

los que mejor lo comprendían eran los jesuitas mismos. Pascal les había asestado golpes de que todavía no lograban reponerse. Bajo la influencia de Bossuett y el amparo de Luis XIV, el galicanismo había triunfado de las pretensiones ultramontanas, y los católicos ilustrados, las clases superiores, la aristocracia de dinero, la magistratura se inclinaban visiblemente á la doctrina de Jansenio. El jesuitismo corría á su ruina, si no lograba apoyarse en un nuevo elemento, y esto lo encontró en las clases ignorantes, cuya adhesión se puso á conquistar por medio de la superstición y de superstición tan grosera que solamente al pueblo bajo y estúpido podía imponerse con ella.

La creencia en milagros actuales comenzó á difundirse entre esa gente. Los jesuitas habían conseguido ya hacer propalar la leyenda de María de Agreda, quien había tenido también visiones sobrenaturales y

decía haber estado en comunicación con la Virgen María. Es verdad que Bossuett les había echado á perder el negocio. Pero no debe olvidarse, al mismo tiempo, que María de Agreda era de una organización mucho más fina que la Alacoque y sentía más profundamente que ésta, de donde resultó que los padres pudieron sacar de la naturaleza burda y material de la Alacoque mucho más partido que del milagro de María de Agreda.

* * *

Llegó, pues, para María Alacoque la hora de la gran revelación. Un día, ó mejor dicho, una noche; se le apareció Jesucristo. Al tener lugar la aparición, María sintió espantosos dolores de cabeza y una sed devoradora. “Jesús—refiere el biógrafo—le tomó la cabeza, la colocó suavemente sobre su corazón, le abrió cuidadosamente el costado izquierdo, le sacó del interior del pe-

cho el corazón y le estrechó contra el suyo propio, que María veía claramente en el centro de una mancha de sangre, resplandeciente como un sol y como un fuego ardiente". En seguida, volvió á introducir el corazón así purificado dentro del pecho de la bien amada.

A consecuencia de esta operación, María sufrió muchísimo, y durante toda su vida sintió constantemente los más agudos dolores en el lugar en donde Jesús le abrió el pecho.

Olvidábamos decir que Jesús, antes de apartarse de su amada, le ordenó que se confesara todos los primeros viernes de cada mes y que se consultase con su confesor acerca de la mejor manera de plantear la adoración del Sagrado Corazón.

Entre tanto, el diablo no se estaba quieto y jugaba á María una tras otra las manos más pesadas. A veces le retiraba la silla en el momento en que iba á sentarse. Otras veces, le convertía los alimentos que

aba á comer en objetos repugnantes, y así por el estilo.

La abadesa que se había resistido durante mucho tiempo á patrocinar los delirios de la Alacoque, cedió, por fin, á las vivísimas exigencias del padre La Colombiére y permitió que se extendiera en toda forma un testamento, en el cual María legaba toda su persona á su divino esposo. Agradecido á esta manifestación y en recompensa de ella, Jesús dictó en persona á María un protocolo, que élla escribió con su sangre, y en el cual Jesús la instituía, por toda la eternidad, heredera de su corazón, y con facultad para disponer de él á su antojo". Exaltada con esto hasta el supremo grado del deleite, María se grabó en el pecho con una navaja el nombre de Jesús.

Entre tanto, murió la abadesa. La que le sucedió era un dócil instrumento de los jesuitas, y en 1684 confió á María Alacoque el

cargo de maestra de novicias. Naturalmente, lo primero que María hizo con éstas, fué ordenarles que consagraran su corazón á Jesús, y con esto comenzó la nueva devoción. Cuando María extenuada de cuerpo y alma, espiró el 17 de Octubre de 1690, á los 43 años de edad, la adoración del Sagrado Corazón era apenas conocida fuera de los muros del convento.

* * *

Algunos se preguntarán, quizás, ¿cómo fué posible que un espíritu tan estrecho como el de la Alacoque tuviera la ocurrencia de hacer el Corazón de Jesús objeto especial de su adoración, cuando según las doctrinas de la Iglesia católica, es objeto de adoración toda la persona de Cristo?

A esto podría contestarse, en general, que el misticismo es de por sí inclinado á concentrar su amor y devoción hácia una persona en una

parte determinada de ésta. Así, entre los místicos protestantes, el objeto casi exclusivo de la adoración viene á ser la sangre que fué derramada en la cruz por la redención del género humano. El rasgo más hermoso del carácter del Salvador es su amor y mansedumbre; y como durante toda la antigüedad, el corazón fué considerado como el asiento del amor y lo es todavía si hemos de atenernos al uso de nuestros idiomas modernos, se comprende que el misticismo se inclinara á trasladar al Corazón de Jesús la adoración que tributaba á la persona de éste. Dejando, por otra parte, á un lado las dificultades y objeciones que se oponen á ello, considerado el asunto desde el punto de vista de la filosofía, de la teología y de la psicología, podría llegarse sistemáticamente, sin mucho embarazo, á la conclusión de que la adoración al Corazón del Jesús es una forma del culto tan lógico como es posible, si

cupiera hablar de lógica en esta clase de ideas.

* * *

Los jesuitas desplegaron entonces una actividad incansable. El Padre Croiset escribió sobre la adoración del Sagrado Corazón un libro, que, precisamente por lo disparatado, produjo una universal sensación. Croiset alcanzó á conocer personalmente á María Alacoque y declaró que escribe su libro por encargo de ella.

La nueva devocióu no tardó en introducirse en los conventos de Moulins, Dijon y Burdeos. Sin embargo, para que no faltaran contratiempos, el Obispo de Autun, á cuya diócesis pertenecía Paray-le-Monial, se negó á reconocer oficialmente el nuevo culto y los obispos galicanos protestaron en masa y enérgicamente contra él.

Los jesuitas comprendieron que, ante todo, necesitaban obtener la

aprobación formal de la Santa Sede para vencer las resistencias que les salían al encuentro. Al efecto y por instigaciones de la orden, María Leonor, esposa de Jacobo II, que residía á la sazón en Saint Germain, se dirigió en 1697 al Papa suplicándole que instituyese una devoción especial del Sagrado Corazón. Por desgracia, la solicitud fué acogida en Roma muy desfavorablemente y en el siguiente año fué desechada perentoriamente por decreto de la Congregación "como contraria á las tradiciones de la Iglesia".

Pero los Jesuítas no son gente que se dá así no más por vencida. La empresa era demasiado ventajosa para abandonarla en presencia de la primera contrariedad. Hicieron surgir toda una literatura sobre María Alacoque. Los milagros que sacaban su origen de la Leyenda de la Alacoque se multiplicaron con rapidez. De esta suerte y á favor de estos manejos, se consiguió que:

ya en 1711 el Papa Clemente XI expediera un Breve, por el cual se permitía á las monjas de la Anunciación de Aney la adoración del Sagrado Corazón. El obispo de Marsella, hombre bondadoso, pero lleno de superstición, consagró su diócesis al Sagrado Corazón, creyendo que, merced á ésto, lograría poner término á la peste que asolaba terriblemente su ciudad. Como es un hecho que la peste, como toda epidemia, una vez que llega al período de mayor violencia, comienza á declinar rápidamente y no tarda en desaparecer, sucedió también que la peste de Marsella cesó al cabo de cierto tiempo. Sin embargo, los Jesuítas anunciaron estrepitosamente que la peste había sido ahuyentada por el Sagrado Corazón.

En el año 1729 vió la luz la biografía de María Alacoque que ya hemos citado más de una vez, escrita por Languet, obispo de Soissons, sacerdote fanático, y entre-

gado en alma y cuerpo á los jesuitas. La obra fué dedicada á María Leszcynska, esposa de Luis XV, mujer muy piadosa y de pocos alcances, que procuraba encontrar en la devoción supersticiosa consuelo para las amarguras de su vida matrimonial.

El libro fué objeto de diversos ataques. Los católicos ilustrados se avergonzaron de él y especialmente se indignaron por el lenguaje de enamorado con que describe el obispo biógrafo las alucinaciones de una mujer medio loca. Los versos satíricos llovieron. En una de las composiciones de este género se decía entre otras cosas:

Vous nous citez une époque
Ou Marguerite Alacoque
Avec Jésus de coeur troque;
Le beau conte que voila!
Dites-nous sans equivoque
N'avez-vous pas sous la toque
Quelque rot par ci par la?
(Venís á hablarnos de la época en
qué Margarita Alacoque cambiaba

su corazón por el de Jesús. Lindas historias son las que nos contáis! Pero, decidnos sin subterugio; ¿no será que os falte en la mollera algún tornillo?)

Tan récia fué la tempestad de impugnaciones y burlas, que de Roma enviaron orden á Languet para que hiciera desaparecer de su libro los pasajes más extravagantes. Así lo hizo el autor con algunos de ellos, entre otros con la historia de que la Santa Virgen tuvo que empuñar la escoba en una ocasión para barrer el dormitorio del convento, ocupación que la hermana Alacoque había desatendido, por lo cual la Santa Virgen hubo de aplicarle un par de bofetadas.

El obispo de Auxerre, de Caylus, no tuvo embarazo para calificar públicamente el libro de Languet como uno de los mamarrachos más detestables de su especie.

Entre tanto, los jesuitas continuaban su trabajo. Incitados por

ellos, los reyes de España y Polonia, lo mismo que algunos obispos, renovaron ante el Papa la solicitud de que se autorizara por fin la adoración del Sagrado Corazón. Próspero Lambertini, que subió más tarde al trono pontificio con el nombre de Benedicto XIV, fué encargado de presentar sobre la materia un informe á la Congregación y el resultado del negocio fué que la Congregación rechazó de nuevo la pretensión el año de 1745.

No por eso dejaron los jesuitas de continuar su propaganda entre la multitud. En París se organizó una Hermandad del Sagrado Corazón. Por fin en 1766 lograron los buenos padres arrancar al Papa Clemente XIII un Breve, por el cual se autorizó la devoción del Sagrado Corazón como una conmemoración *simbólica*—esta es la palabra que se emplea en el texto original—del divino amor de Jesucristo.

La palabra simbólica sonó mal á

Los jesuítas; porque lo que ellos sostenían era que el corazón de María Alacoque no solamente había sido extraído en sentido figurado, sino materialmente y en realidad, del pecho de la monja estrechado contra el Corazón de Jesús. Así, pues, tuvieron buen cuidado de hacer que en la Liturgia que se estableció para la nueva devoción se hablase del verdadero corazón de carne y sangre de Jesús, tal como lo representan las repugnantes y groseras pinturas que todos conocen, en las cuales Jesús está representado con un enorme corazón sobre el pecho, que hace vivo contraste con su color de sangre con el color azul del vestido.

En vano declaró Clemente XIV (Ganganelli) que lo que su antecesor había autorizado era la adoración simbólica y no la adoración del corazón material de Jesús. Los jesuítas continuaron haciéndose los desentendidos. En todas partes hi-

cieron circular profusamente las imágenes del Sagrado Corazón en que se hace la representación palpable del milagro, tal cual les convenía hacerlo comprender por la multitud inculta.

Adviértase que, hasta cierto punto, era el instinto de la propia conservación el que impulsaba á los jesuitas á proceder de esta manera. A consecuencia de la autorización dispensada por Clemente XIII, las Hermandades del Sagrado Corazón habían llegado á ser tan numerosas que, en adelante, no pudiera menos que considerarse la nueva devoción del Sagrado Corazón como parte integrante del culto de la Iglesia Católica. Después que Clemente XIV abolió la orden de jesuitas, el espíritu de ésta continuó animando las Hermandades y cobró en ellas nuevo aliento y nuevas fuerzas. Muchos ex-jesuitas encontraron asílo seguro en el seno de las Hermandades.

En el año de 1794 fundaron muchos de ellos en Lovaina la *Cofradía del Sagrado Corazón*, con el propósito manifiesto de restablecer por ese medio indirecto la Orden extinguida. Luego, sin embargo, tuvieron que ir retrocediendo, paso á paso, ante los ejércitos vencedores de la República francesa, hasta que, por fin, llegaron á establecerse en Viena, en donde lograron colocarse bajo el amparo de la Corte Imperial.

Pero de nuevo se levantó, dentro del catolicismo mismo, la resistencia contra la devoción del Sagrado Corazón. El Concilio de Pistoya se pronunció contra ella. Sin embargo, ya era tarde, porque el nuevo culto se había conquistado en la Iglesia derecho de ciudadanía.

En 1800 se fundó en París una cofradía del Sagrado Corazón; y gracias á los numerosos establecimientos de educación fundados y sostenidos por ella, adquirió una influencia muy considerable.

Cuando Pío VII restableció la orden de jesuitas, después de la caída de Napoleón I, pudo verse que los elementos y principios de aquella, que muchos habían creído completamente extinguidos, habían sabido mantenerse incólumes en el seno de las Hermandades.

De todo esto resulta, con la más plena evidencia que la adoración del Sagrado Corazón es obra exclusiva de los Jesuitas. Puede decirse que ellos han impuesto ese culto á la Iglesia Católica. Merced á su tenacidad de hierro y sus intrigas, lograron vencer la repugnancia de las Obispos y la resistencia de la Curia. La gran propiedad de que disfruta en la actualidad ese culto completamente desconocido á la antigua Iglesia, prueba mejor que cualquier otra cosa cuán formidable es el Poder de la Orden de Jesuitas. Por eso, cuando se ve á una nación consagrarse solemnemente al Sagrado Corazón, hay que convenir

en que esa nación es objeto de risa y escarnio de las demás naciones y que se encuentra sometida á la agobiante influencia del Jesuitismo.

Carlotadio.



UN CAPITULO DE MICHELET

(Extracto del libro titulado **EL SACERDOTE,
LA MUJER Y LA FAMILIA**).

PARTE 1ª

CAPITULO XI

Más sistemas.—Un emblema.—La sangre.—El sexo.—La Inmaculada.—El Sagrado Corazón.—El siglo XVII y el siglo del equívoco.—Política quimérica de los jesuitas.—El P. La-Combière y María Alacoque, 1675.—Inglaterra.—Conspiración papista.—Primer altar del Sagrado Corazón, 1685.—Ruina de los galicanos, 1693; de los quietistas, 1698; de Port-Royal, 1709.—La Teología aniquilada en el siglo XVIII.—Materialidad del Sagrado Corazón.—El arte jesuitico.

El quietismo, tan tildado de oscuridad, no había sido sino muy explícito. Erigía en sistema y presentaba con franqueza como suprema perfección el estado de inmovi-

lidad y de impotencia que alcanza el alma cuando llega á renunciar á su actividad.

¿No era una simplicidad formular tan claramente esta doctrina de adormecimiento, dar á són de trompeta una teoría del sueño? ¡Bah! No habléis tan alto, si queréis que se adormezcan. He aquí lo que sintieron por instinto los teólogos prácticos que se curaban poco de teología y querían resultados.

Hay que hacer á los jesuítas la justicia de confesar que en el fondo eran bastante desinteresados de opiniones especulativas. Se ha visto que, según Pascal, ellos mismos escribieron contra su casuística. Después ensayaron el quietismo, hicieron creer á Fenelón que lo sostendrían. Pero luego que Luis XIV se hubo pronunciado, echaron pie atrás (1), predicaron contra su ami-

(1) Bossuet, Carta del 31 de Marzo de 1697. *Obras* (Edic. de 1836), XII.

go y descubrieron cuarenta errores en las *Máximas de los santos*.

Nunca les había salido bien hacer de teólogos: el silencio les daba mejor resultado que todos los sistemas. Habían hecho que el papa lo impusiera á los dominicanos desde principios del siglo, y después á los jansenistas. Con esto prosperaron sus negocios. Precisamente en la época en que dejaron de escribir, obtuvieron del rey enfermo los mayores beneficios (1687) viniendo á ser así, con grande asombro de los galicanos, que se creían vencedores, los reyes del clero francés.

No más ideas, no más sistemas: había ya cansancio de esto. De mucho tiempo atrás iba ganando terreno la fatiga. Fuera de esto, hay que decirlo, en las largas vidas de los hombres, cualesquiera que sean, hay una edad en que, habiendo corrido de proyecto en proyecto y de sueño en sueño, se acaba por odiar toda idea. En estos momentos pro-

fundamente materiales no se quiere nada que no se toque. ¿Se hace uno positivo? No; pero no se vuelve ya á los poéticos símbolos que la juventud adora. El viejo niño caduco prefiere un fetiche, un dios palpable, manejable; y cuanto más grosero, mejor.

Esto explica el prodigioso éxito con que los jesuitas hicieron aceptar en aquel tiempo de lasitud un nuevo objeto de culto, muy carnal, muy material, el Corazón de Jesús, enseñado por su herida en su pecho entreabierto, ó arrancado y ensangrentado.

En la gran fiesta del Sagrado Corazón que dieron los jesuitas el siglo pasado en el Coliseo de Roma, grabaron una medalla con este lema, digno de la solemnidad: "Se da á comer al pueblo en el Anfiteatro de Tito". (1)

(1) En 1771. Sagrados Corazones por Tabarant, pág. 82.

Por todo sistema un emblema, un signo mudo. ¡Qué ventaja para los amigos de la oscuridad y del equívoco! Para la indecisión y el embrollo de ideas ningún equívoco de lenguaje puede valer lo que un objeto material que se presta á mil sentidos. Los antiguos símbolos cristianos, tan explicados, tan traducidos, ofrecen desde luego una significación demasiado clara. Son austeros símbolos de muerte, de mortificación. El nuevo era más oscuro: este emblema sangriento, es verdad, pero carnal y apasionado, habla de muerte mucho menos que de vida. El corazón palpita, la sangre humea, y un hombre vivo es el que mostrando la herida con sus manos os llama para que vengaís á sondear este pecho entreaabierto.

¡El corazón! esta sola palabra ha sido siempre poderosa: órgano de las afecciones, exprésalas el corazón á su manera, henchido, levantado

de suspiros. La vida del corazón, fuerte y confusa, comprende y mezcla todos los amores. Semejante palabra se presta á las mil maravillas al lenguaje de doble sentido.

¿Quién lo comprende mejor? Las mujeres: en ellas, la vida del corazón lo es todo. Este órgano, centro de las revoluciones de la sangre, no es menos dominante en la mujer que el sexo mismo.

El corazón es la gran devoción moderna desde hace doscientos años, y el sexo, una cuestión rara que se refiere al sexo, fué por espacio de doscientos años el pensamiento de la edad media.

¡Cosa extraña! en aquella época espiritualista tuvo efecto una larga discusión, pública, solemne, europea, en las escuelas y en las iglesias, en el púlpito, sobre un asunto anatómico de que nadie se atrevería hoy á hablar sino en la Academia de Medicina. ¡Qué asunto tan escabroso! ¿Cómo la Virgen quedó

virgen después del parto (1)? Imaginaos á todos aquellos frailes, hombres consagrados al celibato, ahondando audazmente esta cuestión, enseñándola á todo el mundo, predicando la anatomía á los niños, á las niñas, hablándoles de su sexo, de su más santo misterio.

El corazón, órgano más noble, tenía la ventaja de suministrar multitud de expresiones de sentido dudoso, pero decentes, toda una lengua de ternezas equívocas, que no avergonzaban y facilitaban el arte de la galantería devota.

Desde principios del siglo XVII, los directores, confesores, hallan en el Sagrado Corazón un texto cómodo. Pero las mujeres lo toman de otra manera más seria; se exaltan, se apasionan, tienen visiones. La Virgen aparece á una aldeana de Normandía, y le ordena adorar el

(1) V. entre otros libros el de Gravois. *De ortu et progressu cultus Inmaculati conceptus*, 1764.

Corazón de María (1). Las salesas ó religiosas de la *Visitación*, se llamaban hijas del *Corazón de Jesús*. Jesús no deja de aparecer á una de ellas, sor María de Alacoque, y le muestra su corazón entreabierto,

Sor María de Alacoque era una joven robusta y en extremo sanguínea. Había entrado á los veinticuatro años en el convento, con sus pasiones íntegras; su infancia no había sido miserablemente debilitada, como sucede con las que se encierran muy temprano. Su devoción fué al principio un violento amor, que quiso sufrir por el objeto amado. Habiendo oído decir que Mma. de Chantal se había marcado en el pecho con un hierro candente

(1) Eudes, hermano de Mezerai, fundador de los eudistas, escribió la vida de esta aldeana, y fué el verdadero fundador del nuevo culto. Los jesuitas se apoderaron del asunto y sacaron provecho de ello. (V. Tabarant, p. 111). He buscado inútilmente la obra manuscrita de Eudes en todas las bibliotecas.

el nombre de Jesús, ella hizo otro tanto. El amante no fué insensible, y desde entonces comenzó á visitarla. Con conocimiento y bajo la dirección de una superiora hábil, tuvo María Alacoque estas relaciones íntimas con el divino esposo. Celebró sus esponsales con él, para lo cual extendió la superiora un contrato formal que María firmó con su sangre. Un día, dice su biógrafo, un día que había limpiado con su propia lengua un vómito de un enfermo, se gozó tanto en ello Jesús, que le permitió poner los labios en una de sus divinas llagas.

Allí no tenía nada que ver la teología; era cuestión de fisiología y medicina. Sor María Alacoque era mujer de un temperamento ardiente, exaltado todavía por el celibato, y no era de ninguna manera mística, en el sentido propio de la palabra. Más feliz, sin embargo, que Mma. Guyón, que no vió nunca á quien amaba, ésta veía y tocaba á su divi-

no amante. El corazón que le enseñaba en su entreabierto pecho era una víscera ensangrentada: la plétora sanguínea de que ella padecía y de que no la aliviaban las frecuentes sangrías, le llenaba la imaginación de estas visiones de sangre.

Los jesuitas, grandes propagadores de la nueva devoción, se guardaron muy mucho de explicar satisfactoriamente si se trataba de dar homenaje al corazón simbólico, al celestial amor ó al corazón carnal, y cuando se les obligaba á esta explicación, contestaban diversamente, según las personas, el tiempo y el lugar. El P. Galiffet daba á la vez dos contestaciones contrarias: en Roma decía que se trataba del corazón simbólico, y en París imprimía que no había aquí cosa de metáfora, sinó que se honraba la carne misma (1):

(1) Las dos contestaciones se leen en las páginas 35 y 73 de Tabarant. *De los Sagrados Corazones.*

El equívoco fué afortunado: en menos de cuarenta años se hubieron de fundar en Francia cuatrocientas veintiocho cofradías del *Sagrado Corazón*.

No puedo menos de detenerme para admirar el triunfo del equívoco en todo este siglo.

Por donde quiera que se mire se le encuentra en cosas y personas. El equívoco está en el trono con Mma. de Maintenon. ¿Y cómo nó? Esta mujer, sentada al lado del rey, y ante la cual están de pie las princesas, ¿es reina ó no lo es? El equívoco está al lado del trono, en ese humilde P. Lachaise, verdadero rey del clero en Francia, que desde un desván de Versalles reparte los beneficios. Y nuestros galicanos, tan leales, los jansenistas, tan escrupulosos ¿se abstienen del equívoco? Obedientes y rebeldes, haciendo la guerra de rodillas, le besan el pié al papa queriéndole atar las manos y malgastan sus me-

jores razones con distingos y subterfugios.

En verdad, si se comparan los siglos XVI y XVIII con aquel Jano llamado siglo XVII, aquellos dos parecen siglos honrados, ó á lo menos sinceros en el bien y el mal. El siglo XVII, con su majestuosa armonía ¡cuántas cosas falsas y vagas y tuertas encubre! Todo está en él suavizado, colorido de forma, pero en el fondo es casi siempre peor. Para reemplazar las inquisiciones locales, tenéis la policía de los jesuítas, armada del poder real; por una San Bartolomé, tenéis la larga, la inmensa revolución religiosa que se llama *revocación del edicto de Nantes*, esa cruel comedia de la conversión forzada, y después la tragedia nunca vista de una proscripción organizada por todos los medios burocráticos y militares de un gobierno moderno Bossuet canta el triunfo. Y la falsedad y la mentira y la miseria se presentan

por todas partes. La falsedad en la política; la vida local destruída sin crear la vida central. La falsedad en las costumbres; la falsedad en la devoción, porque con tales costumbres no puede ser verdadera la devoción. ¡Ah! Si reprocháis al siglo XVI su violento fanatismo; si el XVIII os parece cínico y sin respetos humanos, confesad también que la mentira, la falsedad, la hipocresía son rasgos dominantes del siglo XVII: el gran historiador Molière hizo el retrato del siglo y le puso su verdadero nombre: Tartufo.

Volvamos al *Sagrado Corazón*, que, en verdad, no habíamos dejado, como quiera que es en este siglo el ejemplo ilustre y dominante del éxito del equívoco. Los jesuitas, que, en general, inventaron poco, no encontraron éste; pero comprendieron perfectamente el partido que pudieron sacar de él. Hemos visto cómo poco á poco, diciendo que los conventos de monjas no eran de su

incumbencia, se hicieron dueños de ellos: la Visitación especialmente vivía bajo su influjo (1). La superiora de María Alacoque, que merecía sus confidencias y dirigía sus relaciones con Jesucristo, previno con tiempo al P. Lachaise.

Esto venía como de molde. Los jesuitas tenían necesidad de una máquina popular que pudieran manejar ellos en pro de su política. Era precisamente el momento en que creían, ó á lo menos así se lo decían al rey, que Inglaterra, vendida por Carlos II, iba á volver al gremio de la Iglesia católica el día menos pensado. La intriga, el dinero, las mujeres, todo se empleaba para esto: al rey Carlos se le daban mujeres; á su hermano, confesores. Los jesuitas, que, en medio de sus trapa-

(1) De tal manera, que las hijas de San Francisco se hicieron, por los jesuitas, las carceleras de las religiosas de Port-Royal, luego de su dispersión.

cerías, son muchas veces quiméricos, creían que con atraerse cinco ó seis lores iban á cambiar toda aquella masa protestante, y protestante no ya sólo de religión, sino también de interés, de hábitos, de vida, protestante á fondo, de corazón y con tenacidad inglesa.

Hé aquí, pues, á esos grandes políticos que se deslizan sigilosamente, imaginándose que todo lo van á tomar por sorpresa. Punto esencial para ellos era poner al lado de Jacobo, hermano del rey, un predicador secreto que en su capilla privada pudiera trabajar á la sordina intentando algunas conversiones. Para hacer este papel de convertidor, se necesitaba un hombre de palabra seductora, pero sobre todo ardiente, fanático; y estos hombres no eran comunes entonces. El que había elegido Lachaise no tenía estas cualidades; era el P. La Colombière, que enseñaba retórica en su colegio de Lyon; predicador agra-

dable (1), escritor elegante y estimado de Patru; un bello sujeto, de suave y dócil carácter, á quien faltaba audacia, arranque, pasión. Para darle lo que le faltaba se le acercó á sor María Alacoque, enviándolo á *Paray-le-Monial*, como confesor extraordinario de las salesas ó religiosas de la Visitación, donde aquella estaba (1675). El jesuíta tenía treinta y cuatro años, y María veintiocho. Bien preparada por la superiora, reconoció en el enviado al gran servidor de Dios que le prometían sus visiones, y desde el primer día vió ya en el ardiente corazón de Jesús su corazón unido al del jesuíta.

La Colombière, apacible y débil naturaleza, fué arrastrado sin resistencia en aquel ardiente torbellino

(1) Sus sermones son bastante flojos. Sus *Retratos espirituales* son más curiosos. Es el diario de un jesuíta; y en los esfuerzos que hace para exaltarse, se conoce cuán difícil era ya el fanatismo.

de pasión y fanatismo; y se le retuvo año y medio en el horno. Después, ardiendo, ardiendo, se le arranca de Paray y se le lanza á Inglaterra. Todavía se desconfiaba de él, temiendo que se enfriara, y de vez en cuando se le enviaban algunas fogosas líneas para enardecerlo. María Alacoque dictaba; la superiora escribía.

Así permaneció dos años en casa de la duquesa de York, en Londres, tan oculto y bien guardado, que ni siquiera vió la ciudad. Llevábanle misteriosamente algunos lores, que creían útil convertirse á la religión del heredero presunto. Pero descubierta al fin la conspiración papista, fué acusado La-Colombière, llevado ante el parlamento, y embarcado para Francia. Volvió enfermo, y aunque sus superiores lo enviaron a Paray, para ver si la monja podía resucitarlo, murió allí de fiebre, al poco tiempo.

Por poco inclinado que se esté á

creer en los grandes resultados producidos por causas pequeñas, hay que confesar que la miserable intriga que acaba de leerse, tuvo para Francia y el mundo un efecto incalculable. Se quería ganar á Inglaterra y se intentó, no por los galicanos á quienes allí se estimaban sinó por los jesuitas siempre aborrecidos por los ingleses. Cuando el catolicismo, por prudencia á lo menos, debía alejar las idolatrías que le reprochaban los protestantes, todavía inventa otra y la más chocante, la carnal, la sensual devoción del Sagrado Corazón. Para mezclar el horror y la ridiculez, en 1685, el año para siempre nefasto de la revocación del edicto de Nantes, erigió María Alacoque el primero de aquellos altares que muy luego cubrieron toda Francia. Sabido es cómo Inglaterra, fortalecida por los mismos jesuitas en el protestantismo y en el horror á Roma, se hizo un rey holandés y arrastró

á Holanda en su movimiento, obteniendo la dominación de los mares por el concierto de las dos potencias marítimas.

Los jesuítas pueden estar orgullosos de haber consolidado el protestantismo en Inglaterra. Ni pudieran evitarlo todos los PP. Mathieu del mundo.

Su obra política, como hemos visto, es importante: ella trajo la unión de Inglaterra y Holanda, unión que por poco no trae la ruina de Francia.

Y, ¿qué es su obra religiosa entre nosotros en los últimos años de Luis XIV? ¿Cuál es el último empleo de esa omnipotencia de los Lachaise y los Tellier? Bien lo sabemos: la destrucción de Port-Royal, una expedición militar para apoderarse de quince ancianas, los muertos arrancados de la tierra, el sacrilegio cometido por mano de la autoridad (1).

(1) V. la especificación en las *Memorias históricas* sobre Port-Royal, (1756) y en la *Historia general* (1757).

Aquella autoridad moribunda en el tremendo año de 1709 que parecía llevarse el reinado y el reino, fué por ellos empleada á toda prisa en la destrucción de sus enemigos (1).

Port-Royal acabó en 1709 y el quietismo había acabado en 1698, y aún el galicanismo, la gran religión real, fué puesto á los pies del papa por el rey en 1693. Ved á Bossuet en el sepulcro al lado de

[1] Todavía hoy los persiguen con rabia, especialmente á las monjas que suponen jansenistas.—Las jansenistas quieren sufrir y morir en silencio: no quieren que las compadezcamos. La historia no puede asociarse á esta resignación de mártires, y mencionará como un hecho de los más curiosos, la excelente Revista que publican (*Revue ecclésiastique, Rue Saint-Severin, 4*). Aquí han contestado con energía y moderación á las declamaciones inconvenientes contra Port-Royal que el P. Ravignan hacía en *Saint-Severin mismo* (1842), y á las novedades ultramontanas que predicaba el jesuita. ¿Quién creería que, persiguiendo y ultrajando á los jesuitas, el partido de los jesuitas se ha atrevido á reivindicar, en la Cámara de los Pares, los nombres de los jansenistas ilustres, por ejemplo, el de Rollin? Por ventura ¿se puede heredar á los que se ha asesinado?

Fenelón, y á éste al lado de Arnaud. Vencedores y vencidos van á reposar en la nulidad común.

Prevaleciendo el emblema y reemplazando todo sistema, se siente cada vez menos la necesidad de analizar, de explicar y de pensar. Y de ello se felicitan: la explicación más favorable á la autoridad es todavía un homenaje á la libertad del espíritu. A la sombra de un oscuro emblema se puede en adelante, sin formular teoría, aplicar indiferentemente la práctica de todas las teorías abandonadas, y seguirlas alternativa ó simultáneamente según el interés del momento.

¡Sabia política! ¡Gran sabiduría esta con que cubrieron su pequeñez! Dispensados de raciocinar por los demás, llegaron á la pérdida del raciocinio, y el día del peligro se encontraron desarmados. Esto es lo que les sucedió en el siglo XVIII. La empeñada polémica que se sostuvo entonces, los halló mudos.

Voltaire les dispara cien mil flechas sin sacarlos de su estupor letárgico, y Rousseau los estrecha y desbarata sin arrancarles una palabra.

¿Quién contestará entonces? La teología es ignorada de los teólogos (1). Los perseguidores del jansenismo, mezclan en los libros publicados en nombre de María Alacoque opiniones jansenistas y molinistas, aunque sin sospecharlo siquiera (2).

En 1708, redactan el Manual, que es luego la base de la enseñanza adoptada en nuestros seminarios; y este Manual contiene la novísima doctrina que á cada decisión apostólica, inspira Jesucristo al romano pontífice para decidir, y á los obispos para obedecer: todo es oráculo,

(1) ¡Qué espectáculo predicar solemnemente ante la primera autoridad eclesiástica sermones que desde la primera hasta la última palabra no son sinó herejías! Los adversarios de su teología son los únicos que se acuerdan de esto.

[2] Tabarant. *Sagrados Corazones*, p 38.

milagro todo en este grosero sistema; la razón ha sido resueltamente exterminada de la teología.

Desde entonces, poca dogmática; todavía menos historia sagrada, una enseñanza que sería nula si la antigua casuística no viniera á llenar el vacío de inmorales sutilezas.

El mundo al que únicamente se dirigen desde mucho tiempo atrás, el de las mujeres, es el mundo de la sensibilidad, que no exige de ninguna manera ciencia ni ideas, sino impresiones. Cuanto menos se ocupe en las ideas tanto más fácil es aislarla del movimiento exterior y alejarla del progreso del tiempo.

En una vía en que la santidad consiste en inmolar el espíritu, cuanto más material es el culto, mejor se inmola el espíritu; cuanto más baja, más santo es.—Referir la salvación al ejercicio de las virtudes morales, sería ejercer aún al ejercicio de la razón. ¿Qué necesidad hay de virtud?—“Colgáos esta medalla, que

borrará todos vuestros crímenes” (1).—La razón tendría aún parte en la religión, si, como la razón misma enseña, fuera menester, para salvarse, absolutamente amar á Dios. María Alacoque vió que bastaba *no odiarlo*: los devotos del Sagrado Corazón se salvan sin condiciones.

Cuando fueron suprimidos los jesuitas, no tenían entre manos otro medio religioso que este paganismo, y en él pusieron por entonces toda su esperanza de resucitar. En su virtud mandaron hacer estampas con este lema: “Les daré el escudo de mi corazón”.

Los papas, que al principio hubieron de inquietarse viendo en tal materialismo un blanco expuesto á los tiros de los filósofos, han com-

(1) La medalla de la Inmaculada Concepción, hecha bajo los auspicios de M. de Quelen, ha salvado ya asesinos y otros criminales. V. la *Noticia*, por un lazarista, y los pasajes que cita M. Genin. *Los Jesuitas y la Universidad*, páginas 87-97.

prendido mejor en nuestros días que les es muy útil, dirigiéndose á gente que no lee los filósofos, y que por ser devota no deja de ser material. Han conservado el precioso equívoco del corazón ideal y del corazón de carne, y prohibido explicar si las palabras *Sagrado Corazón* designan el amor de Dios al hombre ó un pedazo de carne ensangrentado (1). Reduciendo el objeto puramente á la idea, se le quitaba el atractivo apasionado que le había proporcionado el éxito.

Desde el siglo último, algunos obispos hubieron de ir más lejos, declarando que la *carne* era aquí el objeto *principal*; y esta carne fué puesta en ciertos himnos al lado de la Trinidad, como una cuarta persona.

Sacerdotes, mujeres, viejas y jóvenes, casadas y mozas, rivalizaron después en esta devoción. A la vis-

(1) Pío VI condenó el Concilio de Pistoia que había querido distinguir. Tabarand, p. 79.

ta tengo un manual muy esparcido en el campo, y en el cual se enseña á los cofrades que rueguen unos por otros, el modo de asociar los corazones, y cómo estos corazones unidos “deben desear entrar en la abertura del Corazón de Jesús y abismarse sin cesar en esta amorosa llaga”.

Los cofrades creyeron á veces devota galantería poner en sus manuales el corazón de María por encima del corazón de Jesús (1). Generalmente en sus estampas aparece más joven que su hijo, de veinte años á lo más, cuando él tenía treinta; de modo que á primera vista parece más bien que hijo, esposo ó amante. Este mismo año en Ruan de Saint-Ouen, en la Capilla del Sagrado Corazón, he visto en un dibujo hecho á la pluma por las educandas y aprobado por la autoridad eclesiástica, á Jesús de rodillas ante la Virgen arrodillada también.

(1) V. el de Nantes, 1769.

La más violenta sátira contra los jesuitas es la que ellos mismos hicieron, consistente en los cuadros y estatuas que inspiraron. Ya los caracterizó perfectamente Poussin, cuyo Cristo no les pareció bastante bello. “No es posible, dijo, imaginarse un Cristo con cara de chisgarabís ó de P. Douillet”. Y Poussin veía aún la mejor época del arte jesuítico. ¡Gran Dios! ¿Qué no hubiera dicho, si hubiera llegado á ver lo que siguió, aquella coquetería decrepita que al querer sonreír hace un visaje y aquellas ridículas miradas, y aquellos ojos lánguidos, y lo demás..... Lo peor es que los que sólo tienen ya idea de la carne no saben representarla: viniendo á ser la idea cada vez más floja y material, se va borrando la forma y de imagen en imagen haciéndose innoble, dulzona, blanducha, es decir, informe [1].

(1) En 1834, ocupándome en iconografía cristiana, recorrí en la Biblioteca real las

De tales hombres tal arte. Los que inspiran este arte, y recomiendan estas imágenes, las ponen por todas partes en las iglesias, las distribuyen por millares y aun por millones: es difícil, lo confieso, augurar bien de su alma; semejante gusto es una señal grave. Muchos hombres inmorales conservan todavía un sentimiento de elegancia; para detenerse de buen grado en lo innoble y en lo falso, ha de estar el alma en la más baja abyección.

Aquí aparece una verdad que es bueno reconocer: el arte es lo único inaccesible á la mentira. Hijo del corazón, de la inspiración ingé-

coleciones de imágenes de Cristo. Las que se han publicado en los treinta últimos años es lo más humillante que he visto jamás para el arte y la naturaleza humana. Todo hombre, filósofo ó creyente, que haya conservado algún sentimiento de religión se indignará de ello á buen seguro. Todas las inconveniencias, todas las sensualidades, todas las pasiones bajas están allí: el seminarista rubito, el sacerdote licencioso, etc. El grabado es digno del dibujo.

nua, no puede sufrir el consorcio de lo falso, no se deja profanar, grita en són de protesta, y si la mentira triunfa, muere.

Todo lo demás se imita, se falsea. Los jesuítas pudieron hacer para su uso particular una teología en el siglo décimo sexto, y una moral en el décimo séptimo; pero un arte eso ¡jamás! Puede simularse lo santo, lo justo; pero lo bello ¿cómo? ¡Pobre Tartufo! eres feo y feo serás: es tu maldición. ¿Cómo alcanzarías tú la belleza? ¿Cómo tocarías á ella? ¡Imposible! ¡Nunca! Sería la mayor de las impiedades, una profanación sacrílega: la belleza es la imagen de Dios.

